



## Obispado de Astorga.

SALE ESTE PERIODICO TODOS LOS JUEVES.

Se suscribe en esta ciudad en la redaccion del mismo y casa de D. Antonio Gullon: en Leon en la de los SS. Viuda é Hijos de Miñon.

PRECIO 24 RS. AL AÑO Y 6 POR TRIMESTRE FRANCO DE PORTE.

Pastoral del Sr. Obispo de Cádiz.

(Continuacion.)

Y que tal es el fin á que parece destinada esa funesta publicacion, si hemos de juzgar por su prospecto, es menester estar ciegos para no verlo. Si alguna duda pudiera quedar, pronto la disiparian los periodos del texto que se nos dan como muestra, y que contienen en breves renglones tantas calumnias como frases y casi tantas blasfemias como palabras. Jamás herege ninguno, incluso Lutero que tan tristemente se distinguió entre todos por la violencia brutal de su lenguaje llevó á tan alto grado el furor de su invectivas contra la Silla Apostólica. Mentira parecería, si no lo viésemos, que en un siglo como el presente en que hasta las pasio-

nes mas rencorosas procuran re-  
echar su exageracion, quepa tanta  
saña en el pecho y tanta biel en  
la pluma en un escritor que tal  
vez se tendría por ofendido si le  
disputásemos el título de cristiano.  
«Verán (se dice en el prólogo que  
el prospecto nos recomienda) sen-  
tados en la Cátedra Apostólica ban-  
didos sagrados, asesinos y envene-  
nadores unidos á parricidas y á fa-  
cinerosos hereditarios é inviolables,  
la frente ceñida con una diadema,  
con una tiara manchada con la  
sangre de pueblos destruidos, sa-  
queados y entregados al fuego, al  
hierro y á la barbarie de estos do-  
bles tiranos.» Asi trata ese desven-  
turado libelista á los Soberanos Pon-  
tífices de la Iglesia, á los Príncipes  
de una sociedad divina estendida  
por todos los angulos del mun-  
do. No diría mas el infierno, y sin  
embargo es mas todavia lo que de-



jamos de copiar. Perdonadnos, amados hijos nuestros, el escándalo que damos á vuestra piedad repitiendo tan horrosas blasfemias; es menester, ya que la fatalidad de los tiempos nos ha traído a este trance, que conozcáis la guerra y los enemigos que amenazan á vuestra fé.

Y no creáis que estas acusaciones horrendas se fulminan contra los raros eclipses que pudo padecer, no la santidad del Pontificado Supremo, siempre inviolable y pura, sino la de alguna que otra persona de las que en época y en circunstancias excepcionales que pasaron para no volver mas, obtubieron esa dignidad altísima, por efecto no tanto de la decadencia general de costumbres, cuanto de las intrigas y violencias de las potestades de la tierra para entronizar en la Suprema Magistratura de la Iglesia á sus hechuras y parciales, á despecho de la Iglesia misma y conculcando las santas disposiciones de sus leyes. No; la maldición del libelista cae sin distinción sobre todos: para él todos son monstruos de iniquidad y estupidez; el crimen, la tiranía y la barbarie estan como encarnados en la institucion pontificia, son condiciones inseparables de su esencia. Ese catálogo secular de varones santos, de sábios eminentes, de legisladores prudentísimos, de genios tutelares que salvaron la Italia, que impusieron respeto á las hordas devastadoras de Atilo y Genserico; que domoñaron la ferocidad de los conquistadores del Norte; que crea-

ron las monarquías europeas, que contuvieron el torrente de la inundacion mahometana, que enrenaron en bien de los pueblos la soberbia del feudalismo; que conservaron y alimentaron bajo las bóvedas del santuario el fuego sagrado del saber el cual sin la solicitud de los Papas hubiera tenido en el mundo occidental la misma suerte que todavia tiene en el Oriente: que difundieron las letras y las ciencias por todos los ángulos de Europa, cuyas universidades, academias y liceos, todas y todos fueron en su origen instituciones pontificias; esos creadores de la civilizacion moderna, esos conquistadores pacíficos del continente americano, de la Australia, de la Oceania, de tantas otras regiones arrancadas á la barbarie natal, no por la fuerza de las armas que oprime sin convencer, sino por la enseñanza de los misioneros católicos enviados por los Papas; esos tutores natos de los pueblos cristianos, promotores infatigables de su prosperidad, no menos en el orden moral que en el civil y político: los únicos en quienes siempre encontraron proteccion y defensa todos los oprimidos, represion todas las injusticias, satisfaccion cumplida todos los agravios, estímulo y corona todas las virtudes, sancion todos los derechos, consuelo, amparo y auxilio todas las necesidades... la série, decimos, de los Pontífices romanos, cuya historia es la historia del cristianismo y á quienes corresponde la gloria de los inmensos beneficios que la humanidad



debe á la Iglesia, se os quiere hacer creer, cual si fuéreis unos idiotas ignorantes de cuanto ha pasado en el mundo, que ha sido y viene siendo, hace veinte siglos, una sucesion hereditaria de mónstruos estúpidos á par que malvados, dignos del desprecio y de la execracion universal de los hombres.

Pero ¿es esto solamente? No por cierto: los enemigos de los Papas lo son de la Iglesia, y cabalmente porque lo son de la Iglesia la combaten en su cabeza sin la cual saben que no puede existir en el cuerpo. ¡Cosa singular! Con haber sido tantas y en sentidos tan varios y diversos las heregias que han pretendido romper la pureza de la fé cristiana, ni una siquiera se ha visto jamás que no haya empezado ó concluido haciendo cruda guerra á la autoridad de la Silla Apostólica. Tan seguro es el instinto de la impiedad: tan cierto que Roma es la cabeza y el corazon del cristianismo y que es á este á quien dirige el error sus tiros, cuando hace la puntería contra aquella. El folleto que nos sugiere estas reflexiones confirma su exactitud plenamente. Asonbraos, cristianos: la misma pluma que llama *sana doctrina* la de Jesucristo, declara que la Iglesia no hubiese quedado ahogada en la sangre de sus primeros mártires, lamentando como una calamidad pública la ruina del paganismo y la destruccion del imperio de los Césares, cuya memoria, cuyos hechos ha permitido Dios que nos hayan conservado los mismos historiados

gentiles contemporáneos para enseñanza y espanto de la humanidad. Qué significa, si no, el lamentar la suerte de la tierra á la que se supone bañada en las lágrimas y en la sangre de sus habitantes desde el concilio de Nicea, esto es, desde el momento que la Iglesia sin mas armas que la palabra de Dios y su paciencia salió vencedora y triunfante en aquella lucha de tres siglos trabada entre la idolatría y la religion, entre la barbárie gentílica y la civilizacion cristiana, entre los Césares y los Apóstoles, entre los verdugos y sus víctimas? Qué el llorar á lágrima viva la destruccion del imperio romano, y acusar á los fanáticos, es decir á los cristianos de haber sido la causa de este deplorable suceso y de las desgracias de Europa desde hace mil y quinientos años, puntualmente desde que los cristianos dejaron de ser entregados á las fieras del circo, á los tormentos del potro, á la voracidad de las llamas, por esos mismos emperadores humanísimos cuya suave dominacion es lástima que no se hubiese perpetuado para completo esterminio del fanatismo y prosperidad y ventura de la tierra? En esto por lo menos fuerza será confesar que la culpa no estuvo de parte de los cristianos, quienes jamás opusieron á sus verdugos otra resistencia que la de la oveja á la mano que la degüella.

La iniquidad, dice el Espíritu Santo, *miente contra sí misma*: porque cuando en el arrebatado de su ciego furor la calumnia llega á la-



les estremos, entonces la verdad no necesita despuntar los labios para defenderse; el sentido comun, la conciencia pública y la razon universal del género humano la desagravian y hacen su mas completa apologia. Pero esto no impide el que lloremos amargamente, no por la religion, nunca mas gloriosa que cuando mas calumniada y perseguida, sino per vosotros, amados hijos nuestros, pues las Santas Escrituras y la historia y la esperiencia nos enseñan que la última de las calamidades con que Dios castiga á los pueblos cuando sus pecados han colmado la medida de la paciencia y la misericordia Divina, es entregarlos al vértigo del error y á las seducciones de la impiedad. Esto es lo que afflige profundamente nuestro corazon, que no las calumnias contra la Iglesia fundada en la estabilidad de la palabra de Jesucristo, ni los sarcasmos, injurias y dieterios lanzados contra nosotros mismos.

Sí, contra nosotros, vuestros pastores inmediatos, contra la santidad de nuestro ministerio divino. ¡Pues qué! ¿Debiamos esperar otra cosa? Los que maldicen del Papa, ¿podian respetar á los obispos? Con sentid, amados diocesanos, que otra vez pongamos en tormento vuestra piedad á fin de que juzgeis de la calidad y mérito de la doctrina con que se os brinda. Sabed que la autoridad que hemos recibido de Jesucristo y no de los hombres, para instruiros en la ciencia de Dios y de las buenas costumbres, para cu-

par las enfermedades de vuestros almas, para santificaros y conducir por el camino de la verdad y de la virtud evangelica á la vida de la bienaventuranza eterna, se llama en el impreso de que os estamos hablando, *sacrilego despotismo de la teocracia que estiende sus negras alas y se cierne á guisa de carricero buitre sobre la anhelada victima que ansia devorar*: los prelados de la Iglesia de España que estan dando al mundo ejemplos sublimes de mansedumbre, abnegacion y caridad apostolica sin exhalar ni una sola queja por sus agravios personales, limitándose á cumplir con inimitable templanza el santo deber en que estan constituidos de defender la fé, de enseñar á las conciencias cristianas, de explicarles sus obligaciones y señalarles los riesgos que las amenazan, *son unos avaros inquietos que se agitan en favor de las riquezas temporales*; los apóstoles del Hijo de Dios, los maestros de la religion y de la moral purísima del Evangelio, los predicadores constantes de la verdad divina, los que llevan en sus manos la antorcha que ilumina al mundo, *son unos idiotas fanáticos que pretenden haceros retroceder á la barbarie del oscurantismo embaucándoos con prestigios y falsos milagros*. Basta, decid, amados diocesanos, ¿conoceis á vuestro obispo por estas señas? ¿Sabeis de uno si quiera á quien le convengan? ¿uno del cual pueda decirse que es *buitre que cierne sus negras alas ansiando por devoraros, que se agi-*



la por las riquezas terrenales, que os empuja á la barbarie, que os enbauca y engaña con milagros fingidos? Ah! ¿cuánta no debe de ser la ceguedad y la osadía de los enemigos de Dios, cuando se atreven á esperar que tales imposturas hallen crédito en vuestras almas?

Hay, sin embargo, entre los cargos que el prospecto hace al episcopado, uno que no solamente no rechazaremos los obispos, sino que tenemos á grande gloria el merecerlo. Nos acusa de enseñar que es grave pecado resistir al Papa; y á la verdad que en esto se queda corto. Enseñamos, y enseñamos muy alto, que es pecado grave, no como quiera la resistencia, que esto sería demasiado, sino la desobediencia á la autoridad del Romano Pontífice, que es la misma de Jesucristo á quien representa en la tierra, y por quien está constituido cabeza de la Iglesia universal para enseñarla, gobernarla y regirla. Desobedecer al Papa es desobedecer á Dios; separarse de él, es separarse de Jesucristo, á cuyo cuerpo no pertenece el que se aparta de la cabeza; es renegar de la Iglesia católica, abjurar de su fé, constituirse fuera de su gremio; es salir de la senda de la salvacion y arrojarse en los caminos de la perdicion eterna. Esto enseña el Catecismo de la Doctrina Cristiana, y los prelados españoles mereceríamos el nombre de hipócritas con que nos favorece el prospecto, si responsables como somos á Dios, del sagrado depósito de la fé, y encargados de

la salud de las almas de que nosotros ha de pedir cuenta estrechísima, retuviésemos cautiva en el silencio la verdad de que os somos deudores, y por indiferencia, temor ó egoismo, callásemos á la vista del peligro de que vemos amenazada á vuestra fé.

Porque no hay que formarse ilusiones, amados diocesanos, ni que disimular lo que no es disimulable, lo que ven todos los ojos, lo que oyen todos los oidos, lo que está en la conciencia y en el convencimiento de todos, lo que, si solo vuestro prelado afectase ignorar, daría justo motivo á que desconfiáseis cuando menos, de su vigilancia pastoral y á que lo tuviéseis por prevaricador ó por estúpido. La guerra de la heregía contra el catolicismo, de la impiedad contra la religion, no es secreta sino pública, ni el error guarda ya con vosotros la reserva y los miramientos que tuvo mientras sus rarísimos sectarios se creyeron débiles. Hoy se presenta á la luz del dia, osado y amenazador, respirando saña y desprecio para intimidar á vuestros pastores, sembrando calumnias y sofismas para pervertir vuestra fé. No es un hecho aislado, no, la publicacion del escandaloso libelo de que os venimos hablando; es un hecho que se enlaza con otros muchos altamente significativos de que hay un plan trazado por los enemigos de nuestra santa religion para descatoalizar á España. Sin tomar ahora en cuenta la multitud de escritos, folletos y folletines en



que de algun tiempo á esta parte se insulta descaradamente lo mas sagrado de nuestras creencias y se concita á los fieles á la rebelion contra la Iglesia su madre; ¿qué esplicacion podemos dar al abinco con que se trabaja por propagar en nuestro su cierto periódico que se publica en Londres, pero en español y para españoles, titulado *La Albá*, título, por confesion de sus mismos editores, espresivo de la esperanza que abrigan de que muy pronto brillará en el zenit de nuestro pueblo el infausto meteoro de la sedicion protestante que en aquel camina á su ocaso? Aqui ya no cabe duda: los promotores de esta propaganda herética declaran en términos los mas esplicitos que su propósito y su objeto es separaros de la unidad católica, haceros apostatar de la Iglesia, llevaros no sabemos á cual, porque aun no lo dicen, de las innumerables sectas en que el podrido protestantismo arrastra su moribunda existencia.

Os confesamos, amados hijos nuestros, que al pasar la vista por dos números de esa publicacion periódica que han llegado á nuestras manos en estos mismos dias, nos ha causado menos sorpresa la temeridad de la heregía, que inquietud y cuidado el nuevo peligro de que vemos amenazados á algunos de vosotros. No estrañamos ni las invectivas lanzadas contra el catolicismo con todo el furor y toda la mala fé de los primeros sectarios, ni la impudencia en desfigurar vuestras doctrinas, desnaturalizar

nuestro culto, ridiculizar nuestras ceremonias, calumniar á nuestro sacerdocio, aunque para ello sea menester desmentir la historia, falsificar las Santas Escrituras y la tradicion eclesiástica, inventar y esplotar crónicas escandalosas, presentar como nuevos argumentos mil veces refutados, como verdades incontestables sofismas reducidos á polvo hace mas de trescientos años; en una palabra, fingir, calumniar, insultar en tono de doctores rebo-sando ciencia y con el celo de Apóstoles abrasados en el amor de la verdad. Esta ha sido siempre la táctica de la heregía; pero lo mismo que la desacredita en la estimacion de las personas entendidas y sensatas, la hace peligrosa para aquellos en quienes con la escasez de la instruccion y de piedad religiosa se reune el amor á la novedad, una de las pasiones favoritas del siglo que atravesamos. Estos, de seguro no se harán luteranos, calvinistas, ni cuákeros; pero correrán riesgo de perder la poca fé que conservan asentada sobre tan frágiles cimientos, y estos son nuestros temores. Si solo se tratase de repeler las ofensas personales, las injurias y calumnias de los que naturalmente ven en los obispos los mas invencibles obstáculos á sus planes de seduccion, enmudeceríamos completamente. A ninguno de los pastores de la Iglesia niega el Señor en su misericordia la gracia que prometió á los Apóstoles, de quienes son sucesores, diciéndoles: «Bienaventurados sereis cuando los hombres os abor-



recieren y persiguieren, y dijeren, mintiendo, todo lo malo contra vosotros por causa mia; alegráos y regociaos, porque vuestro galardón es grande en los cielos.» Y si vuestro prelado fuese tan neciamente ambicioso que no le satisfaciese el desagravio de Dios, sabe muy bien que lo tiene cumplido en el testimonio de vuestras conciencias.

Tampoco nos alarmaríamos, si todos los hijos de la Iglesia tuvieran una sólida instrucción en las verdades divinas: ó si por lo menos practicasen las virtudes cristianas con aquella fidelidad, á la cual nunca niega el Señor las luces y los auxilios necesarios para vencer las tentaciones del error. Pero por desgracia y con harta confusion del nombre de católicos que llevamos, la instrucción religiosa es bien escasa en el comun de los fieles: de nada se sabe menos que de religion, que es el supremo interés del hombre, porque los hombres de nuestro siglo, dados escluxivamente á la vida material, á nada se aplican y de nada se cuidan menos que de la ciencia de su salvacion; y por lo que respecta á las virtudes cristianas, es una verdad tristísima, pero notoria, que la corrupcion de los tiempos en que vivimos las trae casi enteramente divorciadas de las costumbres. Cuánto no debemos temblar, amados diocesanos, considerando por una parte lo desobligado que tenemos á Dios con nuestras culpas, y por otra lo dispuesto que está el terreno de las almas á la seduccion y al engaño! Vues-

tros enemigos que lo conocen, esplotan la ocasion que tan favorable se les presenta, para pervertir vuestra inteligencia y corromper vuestros corazones, ¡y quien sabe si Dios, cansado de sufrirnos, lo permite para castigar con la última de las penas temporales de su justicia nuestras reiteradas ingraticudes!

(Concluirá.)

---

### NOTICIAS GENERALES.

El 20 de Diciembre celebró Su Santidad consistorio público para dar el capelo á los Eminentísimos Reisach, Villecourt y Gaude, creados y proclamados cardenales tres dias antes. Despues de las ceremonias de rúbrica, tuvo Su Santidad consistorio secreto en el que pronunció una alocucion con el objeto de dar á conocer los títulos de los nuevos prelados á la elevada dignidad que les habia conferido.

El Santo Padre manifestó que en esta circunstancia habia seguido el ejemplo de varios de sus gloriosos predecesores, los cuales para dar mayor solemnidad á la celebracion de concordatos, habia hecho con este motivo creaciones de cardenales. Su Santidad, despues de haber elogiado mucho la piedad filial del augusto emperador y rey apostólico Francisco José, añadió que la eleccion de cardenal hecha á favor del arzobispo de Viena, principal negociador del concordato, era mo-



tivo de especial satisfaccion para el monarca austriaco.

*Noticias del obispado.*

En 22 del pasado Diciembre vacó el curato de Chaodocastro, en Robleda, por fallecimiento del párroco D. Simon Porto. Es de presentacion.

En 23 del mismo fué nombrado ecónomo D. Domingo Alvarez, coadjutor de Sta. Marta de Conso, y para esta resulta Don Joaquin Alonso que desempeñaba el mismo destino en Chaodocastro.

En 30 fué nombrado ecónomo de Paradel del Rio arciprestazgo del Bierzo, Don José Garcia, ecónomo que era de Santa Lucia, en Ribera de Urbia, y para esta resulta y con la misma fecha, D. Pedro Rodriguez, presbítero.

*Máximas y pensamientos sentenciosos.*

Hay tiranía de opinion cuando los que gobiernan establecen cosas que choquen al modo de pensar de una nacion.

—Montesquieu.—

—En el gran teatro del mundo el apuntador es el amor propio. \*\*\*

—La verdadera y unica riqueza de los pueblos es la sobriedad, el lujo es la pobreza de los magnates.

—De Bonald.—

—La perversidad hace el mal; la debilidad

lo consiente, la ignorancia lo aplaude.

—Sag.—

—Ya tenemos una nueva constitucion y con trazas de que se consolidara: mas ay! ¿existe en el mundo alguna cosa como no sea la muerte y las contribuciones?

—Franklin.—

—El estúpido es un necio que calla; bajo este punto de vista es mas soportable que el necio que habla.

—Séneca.—

—Si los picaros fuesen capaces de conocer las ventajas que hay en ser hombres de bien, serian hombres de bien por picardia.

—Franklin.—

—En las revoluciones los que pueden ganar tiempo siempre acaban por tener razon.

—Napoleon.—

—No hay que buscar hombres intrépidos entre los que tienen que perder.

—Napoleon.—

—La vejez y la maternidad son una especie de sacerdocio de la naturaleza.

—Chateaubriand.—

—El órden público estriba en la justicia.

—Napoleon.—

**ANUNCIO**

Los señores que nos han pedido ejemplares de la obra, Manual de Examinandos, se dignarán comisionar persona que los reciba pues no nos resolvemos á mandárselos por el correo.

Lo mismo decimos á los que nos han encargado cédulas para el cumplimiento pascual.